

“Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová” (Ezequiel 37. 6).

En esta semana, queridas hermanas y hermanos, quisiera llevarlos al hermoso pasaje del libro de Ezequiel 37, donde encontramos una hermosa visión de la restauración de Israel por mano de Dios. Si bien es un texto referido a una profecía sobre la situación e historia del pueblo de Israel que se encontraba en ese momento en cautiverio en Babilonia, es posible detenernos para observar algunos principios válidos del obrar de Dios en la restauración de su pueblo.

Dios señala, a través del profeta Ezequiel, lo que él iba a hacer con su pueblo Israel, y lo señala con autoridad sin dejar duda alguna respecto de que lo él iba a hacer. Y lo que él iba a hacer no estaba sujeto a alguna probabilidad de ocurrencia.

Señala categóricamente: **“Yo pondré”...**, **“Yo haré subir”...**, **“Yo os cubriré”...** **“y sabréis que Yo soy Jehová”**, que no solo refleja su autoridad y potestad, sino que también su compromiso con los suyos. Increíblemente, y aunque a los ojos del hombre la situación parecía un imposible (**“... eran muchísimos [huesos] sobre la faz del campo, y por cierto secos en gran manera...”**; Ez. 37. 2), Dios aún tenía mucho por hacer en medio de ellos, y su condición de vida le importaba. Seguía vinculado a la historia de los suyos.

Pero este proceso que manifestaba hacer Dios en los suyos, iba a ser completo y perfecto, y orientado hacia dos propósitos claros que Él les definía: *vivir y saber de Él*.

Dios obraba en ellos con un sentido, con un propósito. Así como la condición de desesperanza (**“...nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos...”**; Ez. 37. 11), obedecía al castigo de Dios por sus idolatrías, rebelión e incredulidad. La restauración de ellos también obedecía a Su propósito, que revivieran y supieran que Él lo había hecho.

El juicio de Dios sobre ellos, fue consecuencia de sus pecados; pero la restauración era consecuencia de su gracia y amor por ellos. En ambos extremos de sus vidas se ubicaba Dios. Los amaba profundamente y su Palabra los seguía transformando (**“... me dijo entonces: Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, oíd palabra de Jehová...”**; Ez. 37. 4).

Vivir y saber de Él, son dos condiciones en la lógica de Dios que nunca van separadas. Vivir es precisamente saber de Él y conocerle. Vivir es recibir Su Espíritu que nos da testimonio de quién es Él y que es lo que hemos recibido de Él. Vivir es salir de nuestra sepultura, de nuestra condición de muertos, para comenzar una nueva vida. Cómo lo dijo el profeta, **“Y sabréis que yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo Jehová hablé, y lo hice, dice Jehová” (Ezequiel 37. 13, 14).**

Este plan de redención para su pueblo Israel, Dios lo llevó a una dimensión cósmica y universal al enviar a su hijo Jesucristo para la restauración de toda la humanidad, pues solo en Él es posible tener esta nueva vida. Él mismo lo enseñó en su ministerio terrenal cuando dijo, **“...yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia...”** (Juan 10. 10).

No nos equivoquemos. ¿Acaso hay algo más “seco” y más “muerto” que el corazón del hombre y la mujer, que rechazan y niegan a Dios? Sin embargo, en Él aún hay esperanza.